Una ventana a la carretera Antonio Pereira

José Antonio Somoza

El 27 de marzo de 1967 fue galardonado este libro de relatos con el Premio Leopoldo Alas, en su duodécima edición. En aquella noche catalana se premió, sin duda, una de las mejores obras que, en su género, se han escrito en estos últimos años. Sus páginas tienen una coherencia suave y fluida, como derivada de una personalidad literaria muy «hecha», muy entonada con lo que escribe y muy dueña del oficio.

Para mí, Antonio Pereira ha sido un descubrimiento. Pero un descubrimiento grato, positivo, sin fisuras, sin una sola quiebra. Y el empeño no era, desde luego, fácil. La novela, de medio y largo recorrido, puede tener altibajos, desfallecimientos. El relato, la narración breve que encierra en cinco, seis u ocho páginas toda su trayectoria, no puede dejar un solo fleco al aire. Tiene que escribirse de un tirón. Casi sin respirar. Dibujando al protagonista con pinceladas gruesas, pocas, sostenidas y mágicamente vinculadas entre sí. Esto es lo que hace Antonio Pereira. He aquí un ejemplo:

Las clientas decían que Desiderio se daba maña. La jueza, muy amiga de esparajismos, llegaba a llamarle «manitas de plata». Y Lucas, el tendero, masón presunto, que en Cubita aprendiera ideas disolventes, empujaba al mozo a Barcelona, donde en pocos meses podría perfeccionar su oficio -el «arte sartorial», decía siempre- liberándose de la sosa servidumbre a lo monjil...

Castellano de alto fuste y de entraña vigorosa, intencionada y pícara. En el panorama de nuestras letras existen precedentes de este hacer literario; pero, en este momento, no recuerdo, para compararlos con *Una ventana a la carretera*, más que a los mejores. No he podido olvidar, por ejemplo, aquella obra maestra en su género que fue El molino de viento y otras narraciones, de Camilo José Cela. Quienes la leyeron no podrán dejar de encontrar semejanzas importantes. Con ésta, en cuanto al asunto biografiado, el «tempo» literario y el mismo corte -tirando a esperpéntico- de algunos de sus personajes. El parentesco, por otra parte, no puede extrañarle a nadie, puesto que el imperativo geográfico hace medio paisanos a Camilo José, a Valle Inclán y a Antonio Pereira, nacido en Villafranca del Bierzo.

Una ventana a la carretera es una galería de personajes. Desiderio, el sacristán, Rabanillos, Beltrán, «primera especial», los Cedilla, Cirujeda, el empleado de Banco, de fabulosa memoria para los número de las cuentas corrientes, el primó Tanis (por Estanislao), lector apasionado de las gacetillas de El Inversor; don Diego, sesentón

delgadísimo y friolero, cuyo café es «el primero que se sirve» en el Centro Recreativo y Cultural; Manolito Cañibano, «cien kilos largos, sombrero de ala generosa, corbata viva, pañuelo fino...»,

Tras la galería de pintorescos, humanísimos protagonistas, late, en realidad, la vida entera de la provincia española. La mirada de Pereira se tiende, quizá, un poco hacia atrás en este sentido. Hay personajes, situaciones, instituciones y hábitos -enfocados como de paso por el autor- que evocan la vida española de hace tres lustros. Otros, por el contrario, conectan con la vida de hoy mismo. Con todo, esto tiene una importancia sólo relativa. Lo decisivo en el ejercicio literario de Antonio Pereira ha sido, precisamente, eso: la literatura. Ha evocado unos seres y unas situaciones que parecen vividas muy de cerca y las ha plasmado con gran acierto. El tono de la narración es muy vivo. La descripción del personaje (objetivo fundamental en este tipo de creaciones literarias) se logra de manera ágil y convincente. La técnica, por otra parte, es ya clásica: *La señora de Cedilla -nacida doña Fernanda Bauprés, según el gacetillero local- era una dama de buen ver. De la señora de Cedilla puede decirse menos mal: «nacida doña Fernanda», porque tratamiento y nombre parecen en ella inseparables desde el bautismo*.

Los personajes de Pereira tienen una secreta vocación de esperpentismo, pero no acaban nunca de caer del todo en él. A última hora, cuando el autor se ha recreado en sus rasgos burlescos, los redime, de alguna forma, mediante un nuevo contacto con la realidad. Lo que en otros autores «paralelos» es mueca dolorosa y agria, en el autor de *Una ventana a la carretera* es sonrisa irónica o ancha carcajada grosera y liberadora. Las llamadas a la ternura y a la poesía son, por otra parte, bastante frecuentes en el leonés, siempre dentro de un contexto veraz y hondamente verosímil.

El señor Saturio era hombre de principios; su respeto a las instituciones estaba por encima de todo. El señor Saturio recibió al sacristán como representante legítimo de la madre abadesa y de la venerable comunidad. Ya antes del bautizo se le ofreció a Desiderio el vino más chispeante y el asiento mejor, para reposo de su andadura. Una vieja mujer de la familia le llamó Señor Desiderio y al criado le subió a las narices un tufillo de incienso, como en la novena de la Fundadora.

Pereira no rehúye la nota trágica, el sabor ácido y tremendo del suceso de sangre. La vida de los pueblos y de las gentes incluye momentos festivos y trances horribles. Aquí hay uno de ellos:

Era el cruce de la carretera general con una secundaria, donde gentes de la aldea -que ahora se deshacían en gritos inútiles- esperaban el autobús que pasaría hacia la

capital. El camión de antes, el de las invitaciones, estaba en la cuneta, caído sobre uno de sus lados, con su carga de fruta derramándose. Un hombre joven endomingado yacía sobre el firme de la carretera, a dos pasos de su bicicleta rota. Debía de llevar así un minuto, quizá dos, una eternidad.

Los paisanos, mujeres la mayoría, repetían su sarta de lamentos. Nadie se acercaba al caído. El delegado lo hizo. Más por sentido común que por su incompleta carrera en la Facultad, comprendió en el acto que aquel mozo de camisa blanca y corbata alegre no volvería a montar en bicicleta, ni a retozar a las mozas, ni a espumar el vino fresco de las cuevas.

Pero el «aire» del libro de Pereira no es trágico, sino irónico, más chisporroteante que caliginoso.

Una vez, al llegar las ferias de año en Avellanejo, acordamos fundir un puñado de duros. Dan risa, ¡ahora! , tantos esfuerzos por juntar lo que hoy no llegaría para unos vermús. Lo juntamos y salió para el coche de punto, las entradas de los toros y la merienda. De baile, nada. Álvaro Torre de Peñasanta no iba jamás al baile y yo sabía apenas el pasodoble y, si acaso, una danza que decíamos el «onesté» (por escrito el «one step»). El Caballo sí que era bailón, pero en las aldeas, y sólo por plancharse la camisa contra la espetera de las mozas.

Este es el libro. Un puñado de páginas amenas, gratas, intencionadas, bien urdidas. Un paseo de un par de horas por terrenos de las buenas letras castellanas. Y este es el autor: nacido en Villafranca del Bierzo (León), el 13 de junio de 1923. Su obra, como escritor, empezó por la poesía (poemas en las revistas Alba y Espadaña). En 1964 su libro de poemas *El regreso* fue publicado en la colección «Adonais», de Madrid. Dos años más tarde, el autor leonés vio publicada su obra más importante hasta ahora: *Del monte y los caminos*, en «El Bardo», de Barcelona. Es, además, colaborador frecuente de diarios y revistas españolas, tales como Informaciones, La Estafeta Literaria y Poesía Española.

Con *Una ventana a la carretera*, Antonio Pereira ha dado un paso importante en su camino de buen prosista castellano.